

J.M.J.  
Saint George's College

20 Nov. 2020

En la tarde del 20 de mayo de este año, recibí un mensaje de una colega del colegio, a la que – antes de la pandemia – veía todos los días en el casino a la hora de almuerzo. En esos días era el tercer mes de la pandemia en Chile, con hartos enfermos y muertos por covid, hartas restricciones de movimiento y cuarentenas, una economía en crisis, miedo sobre el futuro, y además, como era mayo, estaba empezando el invierno), recibía un montón de correos y whatsapps todos los días de todas partes de la comunidad georgiana con preguntas, inquietudes y solicitudes. Estábamos trabajando mucho para armar un programa de distance learning y acompañar a nuestros estudiantes en su formación, aunque esta pudiera ser sólo por internet y a distancia. Pensábamos en las muchas familias del colegio que estaban pasando dificultades económicas o que habían perdido el trabajo y también en la salud y el horario de nuestros profesores.

Esa noche, recibí un whatsapp bien cortito, de esta colega del casino que siempre tenía una sonrisa y constante alegría; una profesional de la empresa GISER y estudiante del Instituto Profesional Aiep. Se llama Pilar Cabanillas Gomero, una peruana y extranjera en Chile – como yo y los Padres Michael y Vincent. Esto es importante porque su mensaje no era sobre preocupaciones tuyas por el covid, sino que estaba totalmente enfocado en las necesidades de los demás. Me gustaría leerles el mensaje de 20 de mayo del 2020 a las 8:05 de la noche:

*Hola Padre*

*Como esta?*

*Padre necesito pedirle un favor, si es que me puede ayudar*

*Lo que pasa, estoy gestionando hacer una ayuda solidaria para mis compatriotas peruanos que están durmiendo en las afueras del consulado peruano.*

*Y quiero pedirle si me puede ayudar gestionar una movilidad para poder trasladar las donaciones al lugar.*

Desde ese primer mensaje empezamos las coordinaciones para ayudar a estas 35 personas -incluidas una mamá embarazada y muchos adultos mayores- con todas sus necesidades. Lamentablemente, por el cierre de la

frontera del Perú, estos peruanos -varios que vivían y trabajaban en Chile y otros turistas- tuvieron que quedarse aquí en Santiago mientras que el consulado lograba organizar algún transporte humanitario. Pero -sin dinero, y con muchos hoteles y albergues cerrados por la pandemia- estas personas no tuvieron otra alternativa que pasar muchísimas noches durmiendo en las afueras del consulado. Sin techo y sin el abrigo necesario, en días de lluvia y harto frío.

Lo que Pili se dio cuenta, es que éstas eran personas que son hermanos y hermanas suyas – no solamente por ser sus compatriotas – sino por ser hijos e hijas de Dios, como ella, como todos nosotros. Y como hermanos tenemos la responsabilidad de darnos cuenta de sus sufrimientos y necesidades y responder con fraternidad, solidaridad – en una palabra: amor.

Como han hecho los discípulos de Jesús desde el tiempo de los apóstoles, Pili, como bautizada y discípula de Jesús, reconoció las necesidades de otros miembros del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Nos dice la biblia, en la primera carta de Pablo a los corintios:

“Pero Dios dispuso el cuerpo, dando mayor honor a los miembros que más lo necesitan, a fin de que no haya divisiones en el cuerpo, sino que todos los miembros sean mutuamente solidarios. ¿Un miembro sufre? Todos los demás sufren con él. ¿Un miembro es enaltecido? Todos los demás participan de su alegría. Ustedes son el Cuerpo de Cristo, y cada uno en particular, miembros de ese Cuerpo.” (1 Cor 12,26)

A partir de ese mensaje y su solicitud de ayuda simplemente de conseguir “una movilidad para poder trasladar las donaciones al lugar”, Pilar lideró una investigación de espacios posibles que pudieran servir como albergues donde ellos pudieran alojarse para protegerse del frío y la lluvia del invierno que estaba empezando. Gracias al equipo de pastoral de Saint George’s coordinamos con Pili y el párroco Padre Bernardino de la parroquia Santa Bernardita en Providencia, el uso de su centro parroquial como albergue.

Durante las semanas siguientes, la Pili iba al albergue varios días a la semana para llevar frazadas, almohadas, comida, medicina, colchones, todo lo necesario para cuidarse. Incluso nos invitó al Padre Michael y a mí a ir con ella a visitarlos y celebrarles los sacramentos.

Recuerdo una crítica que recibí de una persona del Saint George's que me preguntó por qué iba yo al albergue poniéndome a mí y a los demás en riesgo de contagio. A lo que yo le respondí: "si puedo ir a entregar comida y frazadas, ¡es aún más crucial que les llevemos el Pan de Vida, la Eucaristía! ¿Y saben qué? ¡Nuestros hermanos allí estaban tan felices recibir a Jesús en los sacramentos y rezar juntos!

En esas visitas nos quedábamos conversando con ellos sobre sus familiares y amigos en el Perú, sus esperanzas y sus preocupaciones.

Pero después de unas semanas, nos dimos cuenta de que ese espacio era inadecuado y con un colegio tan grande, tan lindo, tan disponible y vacío en esos días, no había ninguna duda de lo que Dios nos llamaba hacer.

Gracias a la coordinación de Pilar con el consulado peruano se trasladaron de la parroquia Santa Bernardita y de varios albergues, 85 mujeres, hombres, niños y niñas a Saint George's College. Fue harta coordinación y pega – no solamente los buses, pero mantener los protocolos en el transporte, llegada, y las primeras noches. Tuvimos que coordinar la comida, el agua, la calefacción, el botiquín y las piezas.... Pero todo esto – aunque YO estaba agotadísimo... - Pilar lo hizo con mucho ánimo, con un espíritu alegre y con fe de que era Dios él que la guiaba.

Les agradecemos a ustedes Georgians, y a sus familias, a los profesores y funcionarios del colegio y a los Old Georgians por responder a nuestra solicitud de donaciones. Pilar se encargó de recibirlas en la portería – ¡gracias también a los porteros! – y de entregárselas a los que las necesitaban.

A los largo del mes siguiente en el “albergue Saint George”, Pilar estuvo ahí todos los días, y la mayoría de esos días hasta 10 en la noche. Tuvo que enfrentar las frustraciones de varios de los huéspedes que estaban muy cansados y agobiados por esa situación, y los acompañó como una hermana peruana y hermana en Cristo.

Una anécdota breve – dándose cuenta de la falta de ánimo y de lo aburridos que estaban muchos de ellos, Pili organizó un torneo de deportes para animarlos y hacer algo entretenido. Coordinó también con sus colegas del GISER y nuestra gerencia para que le permitieran usar los

hornos del casino para preparar unas pizzas muy ricas para los jugadores. Esa creatividad y sensibilidad me inspiraron.

Finalmente, organizó con el consulado los vuelos y bus para permitir que todo el grupo pudiera regresar a su país. El último grupito logró salir del colegio el 16 de julio y viajar de vuelta al Perú. Cuando ya todos se habían ido y después de recobrar el aliento, Pili organizó el gimnasio y dejó todas las cosas ordenadas en la bodega.

Por todo eso, me da un honor profundo y una enorme alegría, reconocer hoy a Pilar en el contexto de esta ceremonia tan importante con ustedes, Class of 2020.

Por primera vez, voy a otorgar el premio “Recte Ad Ardua Award”. Si bien es nuevo en la historia del colegio, sigue en una larga y destacada tradición de reconocer a las personas que verdaderamente han vivido el espíritu del colegio, cuyo lema es Recte Ad Ardua / Derecho a lo difícil / Straight away into the fray.

Cuando un miembro de nuestra comunidad georgiana encuentra una dificultad o algo incomodo, no nos escapamos ni buscamos lo fácil ni cómodo. Vamos derecho a lo difícil – con confianza, esperanza y fe. Cuando un miembro de nuestra comunidad georgiana encuentra una persona en necesidad, su pregunta es siempre “¿Qué haría Jesús en mi lugar?”, y lo hace.

La persona premiada con el Recte Ad Ardua Award será elegida por el rector cuando considere que hay una persona digna de dicho reconocimiento. No tengo ninguna duda de que, en este caso, el premio es muy merecido.

Con alegría y con profunda gratitud, te presento a ti, Miss Pilar Cabanillas Gomero, el premio Recte Ad Ardua. Felicidades.